



# ***Hic Sunt Dracones: El proceso de transferencia como núcleo de la relación del hombre con el mundo***

## *Hic Sunt Dracones: The Process of Transference as the Core of Man's Relationship to the World*

**Daniela García Blanco, Daniel Suárez Placeres**

Universidad de la Habana, La Habana, Cuba.

✉ [danielagarcia blanco72@gmail.com](mailto:danielagarcia blanco72@gmail.com) / [danielsuarezplaceres@gmail.com](mailto:danielsuarezplaceres@gmail.com)

Fecha de recepción del manuscrito: 30/01/2024

Fecha de aceptación del manuscrito: 01/05/2024

Fecha de publicación: 19/05/2024

---

**Resumen** — El proceso de transferencia revela que el hombre se ha puesto a sí mismo en el mundo, aun luciendo para sí como un extraño. La humanidad ha dado a lo desconocido un significado que emerge del más inasequible misterio. Desde los primeros pasos hasta la actualidad, la actividad humana atenta contra su propio desenvolvimiento, encontrando frenos para una realización plena. La presente investigación aborda este problema a partir de un diálogo entre el Marxismo, la Antropología Filosófica y el Psicoanálisis. Relación que encuentra común acuerdo en que aquello que ha producido la humanidad se le vuelve en su contra. Enfatizando en que el camino hacia la realización plena se encuentra en el autoconocimiento; consejo arcaico que acompaña al ser humano hasta el presente. El esclarecimiento del problema que muestra al hombre como el conflicto encarnado, como un extraño en el mundo y en sí mismo, es lo que se propone la presente investigación, desde las tradiciones de pensamiento mencionadas. El enfrentamiento con lo problemático está en un surco que crece hacia el interior del hombre mismo. La transformación del mundo depende de la transformación del hombre. El conflicto más antiguo es también el más urgente.

**Palabras clave** — proyección, transferencia, hombre, mundo, inconsciente.

---

**Abstract** — The process of transference reveals that man has placed himself in the world, even while looking to himself as a stranger. Humanity has given to the unknown a meaning that emerges from the most unapproachable mystery. From the first steps until today, human activity attempts against its own development, finding brakes for a full realization. The present investigation approaches this problem from a dialogue between Marxism, Philosophical Anthropology and Psychoanalysis. A relationship that finds common agreement in that what humanity has produced turns against it. Emphasizing that the path to full realization is found in self-knowledge; archaic advice that accompanies the human being up to the present. The clarification of the problem that shows man as the incarnated conflict, as a stranger in the world and in himself, is what the present investigation proposes, from the mentioned traditions of thought. The confrontation with the problematic is in a groove that grows towards the interior of man himself. The transformation of the world depends on the transformation of man. The oldest conflict is also the most urgent.

**Keywords** — projection, transference, man, world, unconscious.

---

**Para Citar:** García Blanco, D., & Suárez Placeres, D. (2024). *Hic Sunt Dracones: El proceso de transferencia como núcleo de la relación del hombre con el mundo*. *Dialektika: Revista De Investigación Filosófica Y Teoría Social*, 6(16), 64–79. <https://doi.org/10.51528/dk.vol6.id129>

## INTRODUCCIÓN

**E**l proceso de transferencia revela que el hombre se ha puesto a sí mismo en el mundo, aun luciendo para sí como un extraño. La humanidad ha dado a lo desconocido un significado que emerge del más inasequible misterio. Desde los primeros pasos hasta la actualidad, la actividad humana atenta contra su propio desenvolvimiento, encontrando frenos para una realización plena. La presente investigación aborda este problema a partir de un diálogo entre el Marxismo, la Antropología Filosófica y el Psicoanálisis. Relación que encuentra común acuerdo en que aquello que ha producido la humanidad se le vuelve en su contra. Enfatizando en que el camino hacia la realización plena se encuentra en el autoconocimiento; consejo arcaico que acompaña al ser humano hasta el presente.

El esclarecimiento del problema que muestra al hombre como el conflicto encarnado, como un extraño en el mundo y en sí mismo, es lo que se propone la presente investigación, desde las tradiciones de pensamiento mencionadas. El enfrentamiento con lo problemático está en un surco que crece hacia el interior del hombre mismo. La transformación del mundo depende de la transformación del hombre. El consejo más antiguo es también el más urgente.

### **Breve historia de los hijos de un acontecimiento sin nombre**

¿Qué es la originalidad? Ver algo que aún no lleva ningún nombre, que aún no puede ser nombrado, a pesar de ser visible para todos los ojos. Tal como son habitualmente los hombres, es sólo el nombre lo que, en general, les hace visible una cosa. La mayoría de las veces, los hombres originales han sido también los que ponen nombres.

*Friedrich Nietzsche*

La humanidad es un resultado de un acontecimiento sin nombre. Desde el pensamiento antiguo es reconocido este planteamiento. Así, lo más cerca que puede llegar la humanidad para aludir a su origen es aceptando la ausencia de nombre o reconociendo que el nombre no contiene la esencia de lo referido. De esta forma Dios no puede ser nombrado ni concebido (La Biblia, Éxodo (3:13-14), Job (11:7-9) Isaías (55: 8-9), tampoco el Tao, del cual mientras más se habla menos se conoce (Tse), y también sucede con el Caos que expresa la noción de un origen indeterminado, así como con el *Ápeiron* de Anaximandro. Quien profundiza sobre ello debe reconocer que en la ausencia de sujeto de conocimiento no se puede determinar nada, todas las determinaciones con las que cuenta la humanidad constituyen una humanización de lo desconocido. En su paso por el mundo el hombre ha creado una relación de identidad entre lo que concibe y el mundo en sí mismo y esto ha suscitado un debate que ha recorrido toda la historia y llega hasta nuestros días.

El momento primigenio donde el hombre estableció una imagen del mundo dando un sentido y significado ha quedado bajo las tierras del olvido, y sólo contamos con los mitos donde el tiempo no transcurre igual que en nuestros días, y el origen se pierde en acontecimientos que a la razón no le satisfacen. Una mirada hacia los difusos horizontes del pasado, desde los ojos actuales, reconoce



las transformaciones que ha vivido la concepción humana sobre el mundo en el que se desenvuelve: esta mirada hacia el pasado también es un encuentro con lo desconocido. Desde la actualidad podemos reconocer que el hombre se ha movido de un momento de indeterminación hacia un terreno donde el conocimiento le ha brindado un suelo aparentemente más firme y estable donde apoyar sus pasos. Y aunque esta idea provoque de alguna manera cierta satisfacción, nos conduce hacia una problemática que ha marcado la vida humana y constituye un punto vulnerable para el hombre de todas las épocas, sin exceptuar las venideras.

La necesidad de conocimiento contiene en sí misma la disociación que habita en nuestra especie como un estigma sobre nuestra naturaleza. El impulso hacia la determinación de lo que se percibe refleja que el hombre camina sobre lo desconocido, y posee en sí mismo la herramienta que le permite descubrir aquello que se ignora. La pregunta es ¿qué fue lo que encontramos en el mundo?

En un contexto primitivo encontramos dioses, una naturaleza animada de la cual el hombre era un participante más. La noción sobre un orden que trasciende la individualidad, nos condujo a profundizar en ello para lidiar con el mundo. Lidiar con el mundo significa lidiar con los dioses o las fuerzas divinas que lo penetran. Lo divino participaba de figura y emociones humanas, y la historia de los dioses contenía la historia de los hombres y sus avatares anímicos. El hombre se encontró desenvuelto en un mundo completamente antropomorfizado, así se nos hace evidente que el hombre giraba sobre sí mismo, y a los ojos actuales no poseía un conocimiento «verdadero» del mundo, sino un mundo elaborado a su imagen y semejanza.

El antropomorfismo es la muestra más radical de que el hombre puso su propia naturaleza en las cosas, transfirió su naturaleza al mundo encontrando no más que a sí mismo. Este proceso es el comienzo de la manifestación de que el hombre es la medida de todas las cosas, lo que en el contexto que tratamos los dioses no fueron puestos sino percibidos. Se recorrió un camino desde una percepción inmediata de lo divino hacia una elaboración consciente, desde la imaginación, hacia los rituales, los símbolos, historias. Hoy entendemos que si el hombre caminaba sobre un mundo era su mundo anímico, simbólico, el cual no es por el que transitan los autos actualmente. Pero el contexto actual es un resultado de un relato que se pierde en los paisajes más remotos de la historia, cimentado sobre imágenes actualmente fosilizadas que en un momento participaron de la energía vital del mundo y del hombre. En el museo vemos los restos arcaicos de un pasado que se nos olvida, pero estos remanentes nos constituyen en todos los sentidos. Están vivos en el interior del hombre y determinan cada una de nuestras acciones:

“(…) no existe una sola idea o concepción esencial que no posea antecedentes históricos. Todas se basan en última instancia en formas primitivas arquetípicas, que se hicieron patentes en una época en que la conciencia todavía no pensaba sino que percibía. El pensamiento era objeto de la percepción interna; no era pensado sino experimentado como fenómeno, algo así como oído o visto. El pensamiento era esencialmente revelación, no era algo que se descubría sino algo que se imponía o que convencía por su facticidad inmediata. El pensar precede a la conciencia del yo primitiva, y ésta es antes su objeto que su sujeto. Pero tampoco nosotros hemos llegado a la cima última de la conciencialidad y por lo tanto tenemos también un pensar preexistente, del cual no nos percatamos mientras nos protejan

símbolos tradicionales, lo que traducido al lenguaje de los sueños equivale a decir: mientras el padre o el rey no hayan muerto” (Jung, 1970, p. 40).

El hombre es un resultado de un proceso que trasciende lo conocido. Conoce desde condicionamientos específicos, desde una estructura específica que es hija de un proceso incognoscible totalmente. Tanto el cuerpo como la psique son resultados de un proceso histórico del cual se cree que sólo puede hallarse con la pala de un arqueólogo, en los libros y en museos. Habita lo desconocido en el hombre mismo: la historia que ponemos en vitrales, acontece en el interior de cada uno.

La disociación de la que participa el ser humano, se manifiesta desde el trato con el mundo como algo a lo que el hombre debe lanzarse a conocer para poder lidiar con ello. La actividad humana depende de su conocimiento. El hombre se ha esforzado en la búsqueda de un principio rector ontológico para adecuarse a ello. Se percibe como un fragmento del mundo que ha olvidado su esencia y tiene que reencontrarla para ser quien debe ser. El hombre se comporta como un exiliado del mundo cuando se encuentra con lo indeterminado y como el elegido cuando siente que halló lo permanente en lo múltiple. Este acontecimiento es reconocido desde la antigüedad; la consciencia se muestra tanto como un castigo, como la herramienta para hallar el camino hacia la verdad. El castigo se encuentra en el peso y el esfuerzo que constituye el ser autoconsciente (la vergüenza que se siente al estar desnudo). El hombre participaba de su estado integrado a la naturaleza, cuando desobedeció lo impuesto y comió del fruto que no debía, perdió su integridad. El origen del conocimiento se encuentra en el acto de morder una manzana, surge la consciencia y se pierde la unidad. Se percibe el mundo desde la dualidad y se vuelve necesario un esfuerzo por regresar al estado primigenio. Antes de darle una connotación menor o negativa a este relato, recordemos que el camino del hombre se expresa desde la animalidad a la consciencia y a partir de allí existe un esfuerzo por recuperar una integridad perdida a través del conocimiento:

“El animal es inmediatamente uno con su actividad vital. No se distingue de ella. Es ella. El hombre hace de su actividad vital misma objeto de su voluntad y de su conciencia. Tiene actividad vital consciente. No es una determinación con la que el hombre se funda inmediatamente. La actividad vital consciente distingue inmediatamente al hombre de la actividad vital animal. Justamente, y sólo por ello, es él un ser genérico” (Marx, 2002, p.31).

La disociación de la que participa el hombre se manifiesta desde su no identificación con el medio, y su sentirse separado del mundo (relación hombre-mundo, sujeto-objeto, observador-observado), y acontece de forma más personal en la percepción que posee de sí mismo (alma-cuerpo, mente-materia, *res cogitans-res extensa*), problematizando su propia existencia, partiendo por supuesto, desde el desconocimiento. De esta forma se manifiesta una interpretación problemática de la realidad a partir de la disociación. Esta aparente separación vive en el hombre y es transferida en la producción del conocimiento. La sensación de ser separado constituye el punto de partida en la actividad del conocimiento. El punto de partida revela la proyección en el mundo en el camino de su descubrimiento. La asunción del mundo como dado, sobre el cual el hombre descubre las leyes, es la proyección misma. El punto de partida no posee fundamento alguno más allá de fe. Parece confirmada la verdad que se cree que se posee cuando la naturaleza responde mediante la experimentación a las preguntas del hombre, que van de acuerdo a su intención



original, pero realmente esto no constituye verdad alguna más que la muestra del síntoma dual; evidenciando la circularidad que determina el punto de partida. La visión dual es un síntoma de la disociación proyectada de forma no consciente en el mundo. En el mundo no existen problemas, sólo a través del hombre, que no está separado del mundo que intenta descubrir.

Esta visión dual y problemática ofrece en diversas etapas de la historia del pensamiento una importancia mayor a una de las dos manifestaciones que identifica, esta deriva en materialismo e idealismo, por ejemplo. Y el despliegue de una interpretación del mundo basada en uno de los principios preferidos. A través de una proyección humana en el mundo, la reflexión toma caminos que brindan visiones antagónicas del mismo mundo.

En la medida que se transforma el pensamiento se transforma la imagen del hombre y del mundo. La historia que hemos hilado nos cuenta sobre un pensamiento mítico, un pensamiento racional que se impone como superior y luego se experimenta un cambio en la propia racionalidad<sup>1</sup>. Y cada momento humano le devuelve al hombre una naturaleza transformada. Así la transformación del hombre determina la transformación del mundo que descubre ¿acaso no es esto sospechoso? ¿No parece que el hombre sigue andando por mapas más internos que externos sin notarlo? Viven diferentes hombres en diferentes mundos, siendo los mismos hombres en el mismo mundo.

Hemos sido capaces de notar cómo mediante el mito y la religión el hombre se proyectaba en el mundo. Las imágenes antropomórficas, o las cualidades y sentimientos de sus dioses nos «facilitaron» el trabajo. Claro está que en la relación del hombre con el mundo tiene que haber un poner algo humano en el mundo. Con los dioses y los mitos se ha hecho evidente, pero con el recorrido filosófico y científico, tal parece como si hubiésemos abandonado las posturas «ingenuas» que no se percataban de estarse reflejando en el mundo y con el afianzamiento de la crítica y el trato con una naturaleza desmitificada, estuviésemos tratando con el descubrimiento de la esencia del mundo. En el trabajo con el «nada está lleno de dioses», hemos sentido que ahondamos en la composición del mundo sin proyectar nada humano en él. Hemos percibido que estudiamos al mundo tal cual es, con «sus leyes físicas y propiedades químicas» no las nuestras, no las que hemos impregnado en el mundo, sino las que hemos descubierto. Ahora el trabajo se nos hace más complejo, porque ya el mundo no parece tener brazos y piernas, ni corazón, ni carne ni sangre, ya no hay un señor en el cielo, ni *daemones* en las piedras, ni dragones en los mapas, ni espíritus en los bosques. El antropomorfismo parece haberse borrado y creemos estar lidiando con el mundo en sí, y no con nosotros mismos. Actualmente se practica un antropomorfismo más refinado. Si el pensamiento mítico descubre un mundo mítico, el pensamiento racional descubre un mundo que responde a cuestionamientos de la razón.

La consciencia de que el mapa del mundo es en gran medida el mapa interior, ha sido advertida por varios pensadores a través de la historia. Estos pensadores se han concentrado en la relación del hombre con el mundo, no desde la separación, sino como el puente que une ambos mundos que se perciben separados. Han notado que para conocer el mundo hay que indagar en el hombre mismo, así se crea un equilibrio entre la comunicación del hombre con el mundo. Han percibido

<sup>1</sup> Para profundizar en este asunto se recomienda la lectura de *El cambio de racionalidad y la matematización del saber* del Dr. Carlos J. Delgado.



que el hombre es una manifestación del mundo, y una mirada interna comprende tanto al mundo como al hombre, porque no están realmente disociados. Su búsqueda apunta hacia una armonía entre el hombre y la naturaleza, encontrando en sí mismos el punto de comunión. Este es el acto de religación necesario para que la disociación caiga y aquello que se percibe como límite, castigo, fragmento, problema, se exprese como armonía entre lo aparentemente disonante. El mensaje de estos hombres es un acto simbólico en el sentido original de la palabra.

En el propio oráculo de Delfos se ponía la sentencia conócete a ti mismo, ello evidencia el camino de ir al encuentro del mundo a través de quien conoce. A partir del reconocimiento de la imagen del mundo a través del hombre se incentiva a buscar en el paisaje interior las respuestas que el hombre busca fuera. El ir al encuentro de sí mismo significa ir al encuentro de lo desconocido que habita en el humano, el encuentro con el núcleo de donde nacen las imágenes simbólicas que moldean la realidad. El centro donde comulga lo divino que hay en el hombre con lo divino del universo (Zambrano, 2008). Así el mundo de los dioses y las imágenes que a la razón parecen incomprensibles es reconocido e integrado y no se le otorga un carácter negativo ni falso. El conócete a ti mismo, significa una observación íntima sin el juicio de la razón, el encuentro de lo que acontece en el hombre y por lo tanto en el mundo. Con este ejercicio que no es solamente introspectivo, pues el hombre se desenvuelve en un contexto que también da cuentas de su naturaleza, el mundo que parece fantasioso para un observador ajeno a su significado, encuentra su sentido bajo la observación de aquello que nos compone como iguales. Constituye una búsqueda directa en lo desconocido del hombre sobre sí mismo. Es un replegarse de la naturaleza sobre sí misma. Si la relación del hombre con el mundo se expresa en lo profundo como una relación de lo desconocido con lo desconocido, el conocerse a sí mismo se dirige al encuentro del punto de unión y se comprende la comunión y el equilibrio, siendo la conciencia un observador de un acontecimiento que enlaza aquello que parecía distante. Desde la disociación, la imaginación simbólica aparece como un habitante extraño que pone en el hombre los caprichos de un ser desconocido:

“La imagen tiene una lógica específica propia, que requiere un abandono completo del principio de identidad, así como de sus famosos corolarios: no contradicción y tercero excluido. Habiendo abolido la cronología del tiempo y la tridimensionalidad del espacio, la imagen no está limitada por el pensamiento lineal y las secuencias lógicas bivalentes. Se relaciona sobre la base de analogías, o mejor dicho, de «homologías», usando el completo arsenal de la retórica- tanto más vasto que el de la lógica: litotes, hipotiposis, catachresis, etc.” (Durand, 2000, p.5).

Es un llamamiento a la atención de un acontecimiento que se produce en todos los hombres y en todas las culturas y que nos parece tan extraño y fantasioso que se le ha restado importancia, siendo una expresión universal de la naturaleza humana. El conócete a ti mismo es un mensaje arcaico pero también urgente para el hombre actual, quien ha olvidado y rechazado su origen. El camino del autoconocimiento contiene el ahondamiento en la naturaleza humana que no es otro que el recorrido de cómo la naturaleza se transformó en cultura.

Otras voces antiguas han superado la disociación humana, y han pasado de asociar el cuerpo como cárcel o como límite, para experimentarlo como vía hacia la plenitud. Las enseñanzas de Gautama el Buda, muestran el camino de la comprensión del mundo a través de sí mismo y



disuelve las barreras que nos devuelven un mundo extraño donde prima la insatisfacción. La actividad de comprensión del mundo a través de la experiencia directa convierte la historia de la sed, la ignorancia, la insatisfacción y el desconocimiento, en la historia de la aceptación propia, del mundo y la vivencia de la integración del hombre con el mundo, sin más herramientas que la visión cabal.

«Yo me he indagado a mí mismo» (Heráclito, 1968, p.166) expresa el oscuro de Éfeso, junto al mensaje de que «la sabiduría consiste en obrar de acuerdo a la naturaleza» (Ibídem p.171) y en el reconocimiento de que todo es uno (Ibídem, p.139). Encontrando «en la diversidad la armonía del mundo que conserva su unidad en la incesante lucha» (Ibídem, 1968, p.15). A partir de la autognosis aparece el mundo como un todo íntegro, donde el elemento rector armoniza con el alma de los despiertos. El reconocimiento de la identidad del alma con el principio rector universal (*logos*), expresa el carácter inabordable de ambos y el profundo misterio que en el todo habita. Esto no constituye un límite pues los despiertos integran su razón a la razón universal llegando a lo común y obteniendo una imagen total del mundo que escapa a la comprensión de aquellos se retiran a sus mundos particulares y disociados. El carácter inabordable del alma y el mundo expresa la imposibilidad de ser encerrados en los conceptos del hombre. El oscuro muestra un camino de integración que aspira al encuentro de lo común. Disolviendo la aparente separación percibida en el sueño de los dormidos.

Otra de las voces que han encontrado en el autoconocimiento la apertura hacia la comprensión del mundo es la de Orígenes quien enfatiza en el camino hacia la integración. El camino hacia la unidad del hombre consigo mismo y con el mundo, comprende al hombre como manifestación de la armonía cósmica: «Comprende que eres otro mundo en pequeño, y que en ti se hallan el sol, la luna, y también las estrellas». (Jung, 1983, p.59) A través de la contemplación de sí mismo le es dado al hombre conocer que participa de aquello que concibe fuera, dirigiéndolo a un camino de unidad y encontrando en sí mismo la imagen del mundo.

« (...) me ocupo de la razón misma y de su pensar puro. Para lograr su conocimiento detallado no necesito buscar lejos de mí, ya que encuentro en mí mismo ambas cosas» (Kant, 2005, p.8). Expresa Immanuel Kant quien se dirige al núcleo que constituye la Isla de la Verdad para descubrir la imagen del mundo en el hombre mismo. Kant se centra en la relación entre lo exterior y lo interior, estableciendo un equilibrio que se manifiesta cuando dice: «aunque todo conocimiento empiece por la experiencia, no por eso procede todo él de la experiencia» (Ibídem, p.28) La consciencia sobre lo proyectado en el mundo se evidencia en Kant « (...) sólo conocemos a priori de las cosas lo que nosotros mismos ponemos en ellas» (Ibídem, p.16). Esto no constituye un límite para el conocimiento, pues se expresa un equilibrio entre lo externo y lo interno que sintetiza en su relación la imagen del mundo para el hombre, y para llegar a ello cuenta con la búsqueda en sí mismo.

De las nociones más fascinantes sobre la proyección humana en el mundo, esta vez desde la ciencia y la técnica la expresa el físico y filósofo alemán Werner Heisenberg premio nobel de Física, quien profundizó y contribuyó a la teoría cuántica. Este pensador que lidió directamente con lo desconocido expresa la dificultad que constituye dicha relación.

“El problema más difícil... en relación con el uso del lenguaje surge en la teoría cuántica. En primer lugar nos encontramos con que no tenemos ni una sola guía que nos permita correlacionar los símbolos matemáticos con conceptos del lenguaje ordinario, y lo único que saben desde un principio es el hecho de que nuestros conceptos comunes no pueden aplicarse a la estructura de los átomos” (Capra, 2000, p.18).

Recuerdo las discusiones con Bohr, que se prolongaban durante muchas horas, hasta bien avanzada la noche que acababan casi en la desesperación. Y cuando al terminar la discusión me iba solo a dar un paseo por el vecino parque, me repetía a mí mismo una vez y otra la misma pregunta: ¿Es posible que la naturaleza sea tan absurda como a nosotros nos lo parecía en aquellos experimentos atómicos? (Ibídem, p.20).

Este pensador critica la visión disociada que posee el hombre de la naturaleza, expresando que el hombre no puede hablar de la naturaleza en sí, sino más bien de su conocimiento sobre la naturaleza (Heisenberg, 1985). Siendo el hombre aquel que determina lo observado, Heisenberg expresa que «el hombre no encuentra más que a sí mismo en el Universo» (Ibídem, p.16). De esta manera la imagen de la naturaleza humana sólo se perciba a través de problemas humanos sobre una naturaleza que no conoce totalmente. Su crítica a la visión dual y disociada se expresa en el siguiente fragmento:

“(...) desde un principio nos hallamos imbricados en la contraposición entre hombre y naturaleza, y la ciencia es precisamente una manifestación parcial de dicho dualismo. Las vulgares divisiones del universo en sujeto y objeto, mundo interior y mundo exterior, cuerpo y alma, no sirven ya más que para suscitar equívocos. De modo que en la ciencia el objeto de la investigación no es la Naturaleza en sí misma, sino la Naturaleza sometida a la interrogación de los hombres; con lo cual, también en este dominio, el hombre se encuentra enfrentado a sí mismo” (Ibídem, p.17).

Además de establecer la crítica al límite que constituyen los conceptos sobre la naturaleza advierte sobre aquellos mecanismos que escapan al control de la consciencia humana y determinan su actividad en el mundo: « (...) el hombre ciertamente puede hacer lo que quiera, pero no puede querer lo que quiera» (Ibídem, p.14).

Aunque este pensador trabajó directamente con aquello que compone el mundo, notó que el hombre se ha enfrentado a su propia imagen y le es necesario reconocer esto antes de asumir que conoce la naturaleza en sí misma. La ampliación de la naturaleza mediante aparatos con los que intentamos captar la composición esencial del mundo, más allá de devolvernos la esencia del mundo, nos devuelven una imagen ampliada de nuestro juicio sobre lo observado. Creyendo ahondar en lo más profundo de la naturaleza, el hombre navega en la superficie de sus propias aguas.

Estos criterios nos mueven a buscarnos en aquel lugar donde se muestran los receptáculos mediante los que asumimos e interpretamos el mundo. Esta búsqueda integradora trasciende la aparente dualidad y le brinda al hombre la experiencia de comprender el mundo a través de la comprensión total de su condición.





## Vitriol<sup>2</sup>

*Transformaos de piedras muertas en piedras filosofales vivas.*

Dorn

Una actividad humana que reconoce la relación mente materia como un proceso de conocimiento y transformación de ambos durante la actividad, reconociendo el valor de la imaginación simbólica, y el descubrimiento de lo inconsciente la constituye la Alquimia. La obra alquimista comprende un trabajo que a través de la relación directa con la materia el practicante va al encuentro de lo desconocido. Mediante el proceso creativo el artista encuentra significados que emergen desde lo más recóndito de su mundo anímico. El trato con lo desconocido y el proceso de creación, que le devuelve al hombre una imagen cargada de contenido anímico, no es un camino antiguo y fantástico, sino un acontecimiento que encuentra mediante la obra una significación diferente de la que se maneja actualmente con los elementos. La materia no le responde nada al hombre que no esté ya en sí mismo. La ciencia actual no está exenta de este proceso, sólo que, mientras el alquimista trabajaba como proceso de autoconocimiento y purificación, el científico moderno actúa desde el trabajo enajenado. El alquimista descubre un significado que emerge desde la materia como reflejo de sí mismo; el científico descubre verdades que son intereses de otro. El alquimista trabaja para encontrar un alma de oro que habita en sí mismo; el científico trabaja por el oro que habita en las manos de quien financia. El alquimista intenta encontrar la piedra que le permite transformar todo en ese oro; el científico transforma la materia para obtener un oro propio. El alquimista intenta descubrir lo más profundo de su persona en la materia; el científico aspira al trabajo impersonal:

“El alquimista jamás trata de intervenir de manera impersonal en las reacciones que provoca; esta abstracción del hombre que crea, principio de las técnicas modernas, es lo opuesto a su método (...) La verdadera piedra filosofal es el hombre transformado. La primera tarea del adepto alquimista es por lo tanto su propia transformación (Transmutemini in vivos lapides philosophicos). Para realizar la «Gran Obra», la regeneración de la materia, debe antes regenerar su propia alma. Sólo así se torna capaz de realizar la regeneración del cosmos. La transmutación, luego de haberse operado en el secreto del alma humana, debía manifestarse en el mundo material” (Jung, 1983, p.11).

El alquimista comprende que debe trabajar en sus «adentros» para realizar un trabajo pleno en el «afuera». En la Alquimia se enfatiza en la importancia del intelecto, la mente:

“Se insiste sin cesar en la importancia del entendimiento (mens), que es también imprescindible, y de la inteligencia; y no simplemente porque la ejecución de una obra tan difícil exija una inteligencia más elevada de lo normal, sino porque el espíritu humano posee —según admitía— una especie de fuerza mágica que puede también transformar la materia. Dorn (...) dice: «En realidad, la forma, que es el intelecto del ser humano, es el principio, el centro y el final del proceso: y esta forma es hecha

<sup>2</sup> «En su famoso Vitriol, los maestros alquimistas ven un anagrama que dice así: Visita Interiora Terrae Rectificandoque Invenies Occultum Lapidem (Visita el interior de la tierra y purificando encontrarás la piedra oculta)» Jung, 1983, p.12.

comprensible por medio del color amarillo, mediante el cual se indica que el ser humano es la forma máxima y fundamental en la obra espagírica» (Ibídem, p.82).

La obra alquimista comprende una relación integradora del hombre con el mundo, un cuidado espiritual del hombre para un encuentro puro con la materia. La materia le muestra un resultado que le permite el autoconocimiento porque interactúa con ella desde su mundo anímico, desde una experiencia personal que le ayuda a comprender el mundo desde sí mismo. El científico no se encuentra con ello porque su labor comienza aceptando un mundo bien determinado, un mundo aprendido, que no le devuelve otra imagen que el paisaje que ha absorbido desde la introyección. El científico ha aprendido lo que es la piedra muerta, por ello no comprende lo que es la piedra viva.

Las determinaciones impuestas desde la razón (influenciadas por un recorrido histórico que no la comprende sólo a ella, y por tanto esta se encuentra bajo el influjo de lo inconsciente) penetran en lo desconocido, pero lo inexplorado en el hombre puede disolver lo impuesto y mostrarse reflejado en el afuera aparentemente conocido. Puede el hombre reencontrarse con lo indeterminado y tratar con ello, bien desde los conocimientos que ya posee, formulando nuevas estructuras basadas en las anteriores, o someterse inconscientemente al influjo de su dimensión desconocida reflejada en el vacío:

“Todo lo desconocido y vacío se consume por medio de la proyección psicológica: es como si se reflejara en la oscuridad el fondo del alma del observador. Lo que ve y cree reconocer en la materia son, ante todo, sus propias circunstancias inconscientes que él proyecta en ella; es decir, salen a su encuentro, procedentes de la materia, estas cualidades y posibilidades de significación inherentes en apariencia, de cuya naturaleza psíquica no tiene conciencia alguna” (Jung, 1989, p.71).

Antes de temer a dragones de tierras desconocidas puede ir al encuentro de los dragones de sus propias tierras y ya no será fantasioso o delirante el acontecimiento. «Visita el interior de la tierra y purificando encontrarás la piedra oculta» (Jung, 1983, p.12)

La interpretación junguiana de la obra alquimista esclarece su carácter integrador. La disociación que experimenta el hombre necesita de un aprendizaje de sí mismo que comprenda la integración de su naturaleza. Así lo que se torna oscuro y fantasioso no será exorcizado o apartado, sino observado y asumido para una expansión de la conciencia. Se hace necesaria la transmutación del hombre, del mundo del hombre mediante el conocimiento de sí mismo en su totalidad. Así el límite se transmuta en medio para su desenvolvimiento pleno.

“Tú separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero, suavemente, con gran maña. Él sube de la tierra y desciende del cielo, y recibe la fuerza de las cosas superiores y de las cosas inferiores. A través de ese medio, tendrás la gloria del mundo, y toda oscuridad se apartará de ti” (Trismegisto, p.85).



## La relación del hombre moderno con lo arcanum arcorum<sup>3</sup>

Al final desenterramos la sabiduría de todas las épocas y todos los pueblos y descubrimos que todas las cosas más valiosas y elevadas ya han sido dichas hace mucho en el lenguaje más bello.

C.G. Jung

Cuando la conciencia aún se mostraba vacilante en el hombre primitivo, cuando vestigios de esta tendían a la permanencia, se solidificaba, a la par, un miedo terrible a lo indeterminado, a aquello que la conciencia no alcanza. Este peligro primordial de ser barrido por lo inconsciente ha sido el estímulo casi instintivo del hombre para el fortalecimiento de su conciencia; el fortalecimiento del terreno de lo seguro donde no habitan dragones. Es entonces cuando han surgido los ritos, las religiones, los dogmas, las deidades; como receptáculos de lo inconsciente. Empero, cuando estos reflejos del interior se debilitan y dejan de responder a la constante interrogación del intelecto, retorna el hombre a lo indeterminado para emerger nuevamente con un posicionamiento aparentemente más férreo. Es la posibilidad de este abismo que siempre acecha, el terror que impulsa al hombre a deconstruir y construir una y otra vez la forma en que aborda la realidad. Resulta difícil asumir que la humanidad «está siempre al borde de esas cosas que ella misma hace, pero sin embargo no dirige». (Jung, 1970, p.28)

El hombre se ha proyectado en el mundo dotando de significado a lo que se le presenta como desconocido. Todo lo vacío y desconocido es suplido con proyecciones; como el alquimista que al intentar abordar y explorar la materia que se le presentaba como desconocida, proyectaba en ella sus vivencias psíquicas; es decir, «cuanto veía o creía reconocer en la materia, eran, en primer término, sus propios datos inconscientes». (Jung, 1983, p.16)

Lo indeterminado debe ser abordado de alguna forma, sin embargo, la manera en que el ser humano conoce este mundo emergido del misterio, no es más que un velo efímero que luego será reemplazado por nuevas herramientas cognoscitivas donde prime la razón; mas no se percata el hombre en su carrera por alcanzar la verdad, que descorre un velo para cernir otro; mientras, el mundo continúa siendo un misterio. El ser humano, en definitiva, se ha resguardado cómodamente en el dominio que ejerce desde su conciencia, donde erige un muro que le «protege» del reconocimiento de su insuficiencia para ejercer dominio sobre aquello que, en sí mismo, le resulta ajeno y extraño. Pero, ¿no es acaso erigido este muro por el miedo de lo que espera al otro lado? ¿no lleva implícito este miedo el reconocimiento de la indeterminación que no abordamos? Son estas aguas habitadas por dragones las que golpean constante y peligrosamente el pedazo de tierra que es dominio de la conciencia, de «ese secreto del éxito humano después de que tantas angustias y tanto esfuerzo nos ha costado guardarla y creer en ella». (Jung, 1970, p.29) La propia actividad humana, ofuscada en levantar muros y dotar de significado al mundo que no dispone de un «para qué», ha restringido y limitado la realización

<sup>3</sup> Misterio de los misterios.

plena del hombre y la comprensión de sí mismo. La naturaleza ha sido desespiritualizada para ser dotada de racionalidad. Como al «mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros» (Marx, Engels, 2002, p.19), el mundo que ha creado el hombre se le ha vuelto en su contra, enfrentando constantemente las limitaciones autoimpuestas que deben ser rebasadas.

A medida que el hombre despliega su actividad en pos del desarrollo, se halla cada vez más limitado por las estructuras sociales y culturales que él mismo ha construido en una relación dialéctica; lo que le lleva, a su vez, a experimentar una sensación de extrañeza, de enajenación con respecto a sí mismo y a su realidad. El hombre ha creado su propia disociación, su alienación.

### Las catedrales de consumo

“Un objeto no se opone nunca a la multiplicación del mismo proceso de proyección narcisista sobre un número indefinido de objetos, sino que por lo contrario lo impone, por lo cual se presta a la realización de un entorno total, a una totalización de las imágenes de sí mismo, que es propiamente el milagro de la colección. Pues siempre se colecciona uno a sí mismo.”

Jean Baudrillard

En la sociedad moderna, los objetos de culto que servían como depositarios de proyecciones y transferencias inconscientes del hombre primitivo, ya no son el receptáculo del hombre moderno, juez de aquellas posturas «ingenuas» y míticas. El hombre moderno, jactado del poder de la razón y su dominio sobre la naturaleza, a menudo no se percató de la posición de dependencia en que se halla respecto al objeto fetichizado; es decir, aquel objeto, en ocasiones producido por él mismo, donde proyecta sus deseos y necesidades. Las catedrales religiosas han sido sustituidas por las catedrales de consumo:

“Si queremos encontrar una analogía a este fenómeno, tenemos que remontarnos a las regiones nebulosas del mundo de la religión, donde los productos de la mente humana semejan seres dotados de vida propia, de existencia independiente, y relacionados entre sí y con los hombres. Así acontece en el mundo de las mercancías con los productos de la mano del hombre. A esto es a lo que llamo el fetichismo bajo el que se presentan los productos del trabajo tan pronto como se crean en forma de mercancías y que es inseparable, por consiguiente, de este modo de producción” (Marx, 1962, p.40).

Se ha transformado todo en mercancía y fetichismo, y aquella ha devenido verdadero sujeto de la relación social. De esta forma el objeto, ya convertido en sujeto, dicta la forma de apropiación de la realidad del sujeto, una apropiación de la realidad enajenada y enajenante. Esta apropiación enajenada se vuelve hostil y termina por dominarlo. El consumo constituye actualmente un modo activo de relacionarse no sólo con los objetos, sino con el mundo, «un modo de actividad sistemática y de respuesta global en el cual se funda todo nuestro sistema cultural» (Baudrillard, 2009, p.XII). El consumo se convierte en el nuevo mito del hombre moderno insertado en una sociedad saturada de interés por la abundancia. Mientras el consumidor debería sacar bienestar y provecho de la satisfacción de su deseo de consumo, por el contrario, se agota frente a la dinámica



incesante de un sistema de producción que genera nuevas necesidades y deseos. «La práctica del consumo consiste en una negación esencial del acontecimiento, del enfrentamiento y de la exigencia de la realidad y la verdad». (Baudrillard, 2009, p.XLVIII) La sociedad de consumo promueve una cultura de la imagen, del reflejo, donde los objetos de consumo son un medio para construir una identidad y una imagen social enajenada. «La marca de un producto no marca al producto, marca al consumidor como el miembro del grupo de consumidores de la marca». (Baudrillard, 2009, p.XLVIII)

El objeto producido por la actividad humana, termina por elaborar y crear al consumidor, subsiste la inversión sujeto-objeto; terminan estableciéndose «relaciones materiales entre personas y relaciones sociales entre cosas». (Marx, 1962, p.40) El objeto de consumo fetichizado se ha convertido en un sujeto que construye al hombre y a su forma de aprehender la realidad; ello a raíz de la propia proyección humana sobre el mundo. El hombre se halla envuelto en un mundo descarriado por la proliferación y la excrecencia. La perenne revolución, el incesante desarrollo y creación en todas las esferas de la vida terminan por evocar lo que resulta su antítesis: el nihilismo, la perenne insatisfacción, la angustia que se abre ante las infinitas posibilidades que ostenta la sociedad de consumo. El hombre se ve a sí mismo como un objeto dentro del sistema y no como el sujeto creador y transformador que es en realidad.

### Un Narciso moderno

“Es el sueño de un mundo dominado, de una tecnicidad formalmente consumada al servicio de una humanidad inerte y soñadora.”

Jean Baudrillard

Acontece una sociedad eminentemente narcisista. El hombre actual, dominado por el narcisismo y su antropomorfismo refinado, halla constantemente su reflejo en el mundo; no hace más que encontrarse a sí mismo; no hace más que experimentar<sup>4</sup> con la naturaleza y humanizarla. La tendencia o necesidad del hombre de antropomorfizar su realidad, ha tomado mayor alcance con la aparición de robots e inteligencias artificiales; estos, han devenido novedosos receptáculos de proyecciones humanas. Se halla manifiesto, una vez más, el miedo inherente al hombre de perder su ego, aquello que le sostiene como sujeto activo y dominante frente a la naturaleza. Las proyecciones inconscientes del ser humano sobre la realidad y, en específico sobre robots e inteligencias artificiales, sugieren la necesidad –avivada por el miedo terrible– del ego por asegurar su permanencia en el mundo a través de lo otro. Humaniza el mundo; vive a través de él y, cada vez se aleja más de vivir por sí mismo. ¿No es esto, acaso, una forma de muerte del ego?

<sup>4</sup> Michael Foucault sostiene que la palabra «experimento» tiene una raíz común con la palabra «examen»; ambas comparten un origen en las prácticas de tortura y castigo de la Edad Media. Foucault argumenta que la tortura medieval se basaba en la idea de que la verdad podía ser extraída del cuerpo del acusado mediante la aplicación de dolor y sufrimiento. De esta forma, la tortura era vista como un «experimento» para probar la culpabilidad o inocencia del acusado, y el «examen» se refería a la práctica de interrogar al acusado para obtener una confesión.



Los robots vienen a encarnar la funcionalidad que el hombre, dadas sus limitaciones, no está capacitado para suplir. Este objeto «funcional», donde se han depositado frustraciones y esperanzas humanas ante la incapacidad frente a determinadas situaciones, ha construido un hombre disfuncional. El hombre se ha autolimitado nuevamente; « ante la perfección de su máquina, se ve obligado a dispersarse y a mecanizarse. El hombre es remitido a la incoherencia por la coherencia de su proyección estructural». (Baudrillard, 1969, p.63) Frente a este automatismo, el hombre se ha arrojado a una posición de espectador, donde sus límites son cada vez más estrechos frente al doble inteligente y automatizado, donde no sólo se proyectan gestos, necesidades, sino la autonomía de su conciencia, la individualidad propia, el poder de control y transformación de la que el hombre va cediendo con su propia cosificación. El cuerpo se ha convertido en la cárcel de las capacidades humanas; no nos bastan nuestras piernas y brazos de carne; el transhumanismo es el proyecto de un superhombre extrapolado y proyectado en el mundo; el cuerpo es la cárcel de la razón. El transhumanismo está labrando su propio mito:

“(...) el mito del robot resume todos los caminos del inconsciente en el dominio del objeto. Es un microcosmos simbólico, a la vez del hombre y del mundo, es decir, que sustituye, a la vez, al hombre y al mundo. Es la síntesis entre la funcionalidad absoluta y el antropomorfismo absoluto. Por esta razón, el robot, en el fondo, no es sino la culminación mitológica de una fase ingenua de lo imaginario: la de la proyección de una funcionalidad continua y visible. Pues es necesario que la sustitución sea visible” (Baudrillard, 1969, pp.137, 138).

El hombre ha ido al encuentro de los remanentes histórico-culturales, asistido por la «razón», sin percatarse en su recorrido que esta no es más que la acumulación de «prejuicios y miopías». (Jung, 1970, p.19) El hombre actual se ha llenado de novedosas ideas, todas ellas espiritualmente desiertas. El intelecto humano se ha propuesto y logrado grandes empresas; al mismo tiempo, su remanso espiritual se ha resquebrajado. «Y nuestra situación no mejora cuando la física matemática nos revela el mundo de lo infinitamente pequeño». (Jung, 1970, p.22) La razón ha sido deificada, como aquellos dioses que fueron objeto de proyección. El enfrentamiento de lo problemático, de lo indeterminado que no podemos asir y tolerar es un recorrido que tiene como término el interior del hombre mismo. El camino de autoconocimiento e integración del sí mismo devienen la clave para la realización plena del hombre. Como el alquimista que emprende un camino de vida que implica un trabajo de perfección interior; un trabajo con la alquimia como «memento para un orden de meditaciones íntimas» (Bachelard, 200, p.58) lo que análogamente remite a la idea platónica del pensamiento, la introspección, el indagarse a sí mismo como un diálogo que el alma establece consigo misma. Es preciso prestar atención a los contenidos inconscientes, pues, convienen la fuente del espíritu humano y de sus invenciones. Comprendiendo el hombre su «para qué», el único «para qué», válido a cuestionarse, comprenderá su comportamiento para con el mundo.

Se impone, al hombre moderno, hallar en sí la verdadera transformación, hallar la *lapis philosophicos* que habita en él; mas no buscando su propia transformación en lo otro fetichizado; debe tender en sí mismo a la superación de sus propias capacidades por medio del enfrentamiento con lo *arcanum arcorum*, con lo indeterminado que le habita, para así, encontrar su plenitud, no la apariencia de esta. «La transmutación, luego de haberse operado en lo más secreto del alma humana, debía manifestarse en el mundo material». (Jung, 1983, p.12) Es menester observarse en



el espejo del agua que resulta el inconsciente, pero no como el Narciso obnubilado y regodeado en sus proyecciones. Hay que escarbar y retirar el velo que conviene nuestra máscara. Observarse en el espejo es una encomienda escabrosa y, por ello, necesaria; el espejo devuelve todo lo que ha sido aparentemente sepultado por el hombre, aquello desconocido que desde la conciencia no es abarcable y, por tanto, sometido; aquello que el hombre evita en tanto puede proyectarlo sobre su mundo.

## CONCLUSIONES

La cultura supone un límite en tanto el hombre se muestra como un hombre de otro en un mundo de otro. Donde no se experimenta el mundo desde lo original, desde las fuerzas propias de quien se enfrenta a ello, sino que se toma lo constituido por otro como suelo firme para caminar tranquilamente. Mientras impone una forma inamovible de aprehender el mundo y relacionarse con él, reduciendo las posibilidades imaginativas, creativas y espontáneas; el hombre se encierra en un mundo inamovible desde el miedo a la indeterminación. Mientras en el proceso cultural se mantenga el rechazo hacia la naturaleza desconocida del hombre, y este se agarra con fuerza a la estrecha mirada racional para abordar el mundo con la pretensión de descubrirlo totalmente, seguirá limitado. La cultura supone también un medio para el autoconocimiento, en tanto es la memoria de la humanidad y contiene la vida de aquellos que han vivido por nosotros y han dejado las huellas de su paso. Cuando se mira como el proceso que nos ha traído hasta el presente, el conglomerado del contenido del alma, constituye el camino para el autoconocimiento más abarcador que da cuentas de lo que nos constituye. Mientras se asuma como el resultado de un relato más antiguo para el cual no debemos poner nombre alguno, y se comprenda como el reflejo de lo que hemos sido capaces de encontrar en nosotros mismos; aparece como un mundo tan inabarcable como el que intentamos determinar con palabras muertas. En tanto se aprecie la cultura como el alma de la humanidad, como la expresión vital del hombre en su totalidad, ello constituye el punto de partida del camino hacia la integración del hombre fragmentado. Un llamado al autoconocimiento es la necesidad de nuestra especie, un énfasis en la transmutación del hombre-fragmento hacia el hombre religado. Como el primer hombre que viajó de una tierra a otra o aquel que nadó hacia las profundidades, o el que se adentró en la noche; debe el hombre de este tiempo expandir su conciencia hacia lo desconocido integrando cada tierra del mapa y sus dragones. Debe encontrarse a sí mismo. Sin juicio alguno llegar a la unidad del mundo en el hombre y el hombre en el mundo...contemplar la originalidad: ni el hombre ni el mundo.

## REFERENCIAS

- Bachelard, G. (2000). *La formación del espíritu científico*. México: Ediciones Siglo XXI.
- Bataille, G. (1987). *La parte maldita*. Barcelona: Editorial Icaria.
- Baudrillard, J. (1969). *El sistema de los objetos*. México: Ediciones Siglo XXI.
- Baudrillard, J. (1980). *El intercambio simbólico y la muerte*. Barcelona: Monte Ávila Editores.
- Baudrillard, J. (2009). *La sociedad de consumo*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, S. A.
- Capra, F. (2000). *El Tao de la Física*. Málaga: Editorial Sirio.
- Dios habla hoy. *La Biblia*. (1993). México: Ediciones Sociedades Bíblicas Unidas.
- Durand, G. (2000). *Exploración de lo imaginal*. Edición electrónica.
- Feuerbach, L. (1976). *La esencia del cristianismo*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Foucault, M. (2003). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, S.A.
- Freud, S. (1927). *El porvenir de una ilusión*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (s.f.). *Tótem y Tabú*. Edición electrónica; [librodot.com](http://librodot.com).
- Han, B.-C. (2014). *La agonía del Eros*. Barcelona: Herder Editorial, S. L.
- Han, B.-C. (2014). *Psicopolítica*. Barcelona: Herder Editorial S.L.
- Heisenberg, W. (1985). *La imagen de la naturaleza en la física actual*. Barcelona: Ediciones Orbis, S.A.
- Heráclito. (1968). *Fragmentos*. Buenos Aires: Ediciones Aguilar.
- Jung, C. (1970). *Arquetipos e Inconsciente Colectivo*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
- Jung, C. (1983). *La psicología de la transferencia*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S. A.
- Jung, C. (1989). *Psicología y Alquimia*. Plaza & Janes Editores, S.A.
- Kant, I. (2005). *Crítica de la razón pura*. Madrid: Ediciones Taurus.
- Marx, K. (1962). *El Capital Tomo Primero*. La Habana: Editorial Nacional de Cuba.
- Marx, K. (2002). *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. Edición electrónica; <http://www.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/44mp>.
- Marx, K., & Engels, F. (2002). *Manifiesto del Partido Comunista*. Edición electrónica; <http://www.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/47mpc/index.htm>.
- Trismegisto, H. (s.f.). *Corpus Hermeticum*. Edición electrónica por Frater Alastor.
- Tse, L. (s.f.). *Tao Te King*. Edición electrónica; [librodot.com](http://librodot.com).
- Zambrano, M. (2008). *El hombre y lo divino*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.